

A detailed illustration of a man's face and upper torso. He has short, spiky, light-colored hair and is wearing a dark blue turtleneck sweater with a rope knot detail at the neck. His right eye is closed, and a single tear is falling from it. Inside the tear, a small, detailed illustration of a three-masted sailing ship is visible. The background is a light, textured beige with several small black silhouettes of birds in flight. The title and author's name are written in a black, cursive script on the left side of the cover.

aquí
dentro
siempre
llueve

Chris Pueyo

DESTINO

Carta al lector: La vida después de la muerte

La última vez que me miré al espejo me dijo que llevaba dos años sin dormir.

Y los espejos no mienten.

Yo no podía contar contigo,
y la vida es una cuenta atrás
donde dos personas se dan la vuelta en el último momento.
Una de ellas desaparece, otra se queda.
Adivina cuál fuiste tú.

Ahí me escupió el espejo.

Aprendí a mirar por la ventana de mi pecho y encontré a un chico sosteniendo las flores que crecen después de llorarlo todo.

Entendí su mirada como quien se detiene ante la poesía, comprendiendo que no llega para salvarte, pero concede ese segundo exacto de luz en los ojos que nos hace reconocer la herida para después respetarla.

Le tendí una sonrisa desde cualquier otro lado del mundo, y aquel muchacho encontró el valor suficiente para salir de dentro, no le obligué a dar un paso, pero le guiñé un ojo desde el otro lado del puente.

Me dijo su nombre y pronuncié Tristeza.

Caminaba lento como quien corre con el corazón de cemento. Su espalda era una enorme escarificación de adioses.

Sus ojos, alquitrán.
Solía llorar barcos.
Y en su pelo anidaban pájaros inalcanzables.

Le gustaba regresar a mi pecho por las noches para no dormir
y despertarme a sollozos de madrugada.

Le acaricié el pelo con la esperanza de volverlo cenizas.
Le leí libros, pero nunca terminaba de llorar.
Le hice un espacio abismal en la cama.
Soplé sus cumpleaños deseando abrir los ojos y no verle.
Nos besamos.
Nos corrimos.
Nos amamos.

Le enseñé a darme la mano para ver la ciudad.
Y no lo hicimos tan mal,
algunas mañanas incluso se atrevía a salir solo cinco minutos
cuando la ventana olía a pan recién hecho.
Siempre traía flores para sorprenderme al regreso.
Solo que la última vez pensé que no regresaría y me descubrí
echándole de menos.
Ahí lo entendí todo.
Y volví a escribir.

Este libro,
como tantos otros,
comienza por el final,
en esta mi manía
de contar historias
acabadas
que no terminan nunca.

Por su parte no temáis,
la tristeza no entiende de puertas
y poco después volvió a aparecerse en la ventana de mi pecho.

Por la tuya tampoco,
he precintado con palabras el hueco que ocupa tu recuerdo en
alguna zona posterior de mi cuerpo, allí donde el olvido no
puede tocar.

Y ellas
no
te
olvidarán.

Por la vuestra, a ver si os enteráis,
somos chicos tristes,
y los chicos tristes
somos felices así.

CAPÍTULO 2

No
te
me
ahogues
ahora
que
emerjo



Los brazos abiertos

«Abriéndome camino donde
solo había zarzas.»
VANESA

Podrías habérmelo dicho antes:
dejando salir mis miedos
entrabas tú.

Llegas a mis manos vestido de casualidad
y terminas convirtiéndote en un nuevo principio.
Usas mi nombre para ser valiente,
atraviesas lo que parecía imposible
en un segundo,
como quien se cuele en el hueco
que hay entre dos canciones
y se queda a dormir.

Empujas los árboles, regalas camino,
paseas a mi lado con esa pintura en las manos
que respeta las humedades de mi piel.
Rompes
a pedradas el invierno
y liberas un enjambre de abrazos
en la reconstrucción de mis éxitos.

Entras en mi pecho
sin dejarte las uñas en la puerta,
entiendes que no la había y que por eso

hay lugares de los que nunca salimos.
Me sacas del pozo
posando tus dedos de luz sobre muros
muertos de frío,
y todo se ha vuelto cielo estrellado,
y me has devuelto la capacidad
de soñar
con el miedo
de volver a perder a alguien.

Nadie ofrece tanto como quien
nos descubre algo diferente.
Y esto es tan cierto
como tú,
por cada persona que dice haberte visto,
a seis mil les encanta la poesía.

Donde hubo fuego,
soplas.
Donde quedan accidentes,
acaricias
con la fuerza de quien trata de
olvidar a alguien y lo recuerda
para siempre.

Nos atrapas en la cámara frontal,
juraría haber visto el futuro.
Qué importa lo que escriba,
sobre ti...
se arrodillan todas mis letras.
Recuerdo tu risa
y conjuro un patronus,
encontramos el anillo único
y desaparecemos de ese trozo del mundo que dijo:
«No lo conseguirán».

Yo nunca creí en la suerte,
y tú te vuelves amuleto
coronando mi pecho.

Te das la vuelta,
miras al suelo
y entiendo tus alas.
Tu amor
es un obstáculo a la tristeza,
es la belleza de persistir en mi pena
antes
de reconquistar
los cielos.

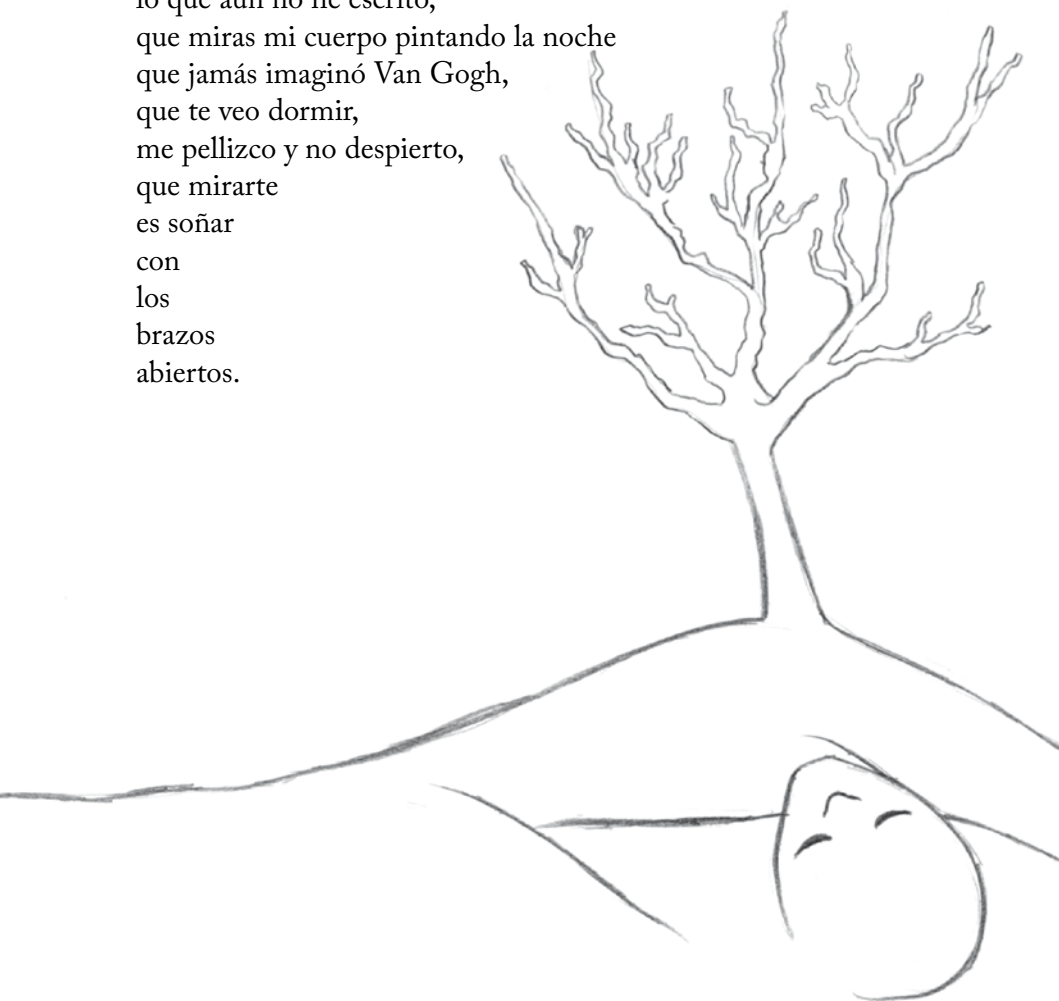
Decidle, si veis su estela,
que me tiene borracho de ganas,
contadle, si reconocéis sus pasos,
que me enseñó el camino de vuelta,
que su silencio vació mi cuerpo
de desamor
para llenarlo de intimidades imperfectas,
que miró con la paciencia del crecimiento
cómo mis heridas dejaban de ser cicatrices
cuando volvía a hincarles el bolígrafo
y
nos
derramamos.

Después de tanto —y tantos—,
has colocado el otoño de tus ojos
justo delante de mi cara
y se me está olvidando eso
de tenerle miedo a la belleza.
Te has quedado
donde nadie supo hacerlo;

cuando me descubro,
y has tumbado de un golpe
las paredes de mis laberintos.

Tú,
que me miras con buenos ojos
—decías—,
pero incluso para el rey de los ciegos
el atardecer se anaranja.

Yo,
que guardo para ti todo
lo que aún no he escrito,
que miras mi cuerpo pintando la noche
que jamás imaginó Van Gogh,
que te veo dormir,
me pellizco y no despierto,
que mirarte
es soñar
con
los
brazos
abiertos.



Daniel

«Cada uno en su universo siente
su dolor como algo inmenso.»

BEBE

Él.

Es una de esas personas
que creen en mí
de la única manera en que se puede amar:
con los ojos cerrados.

Él.

Habla tanto de los imposibles
que ya no existen,
que empieza a creer en el amor
cuando alguien deja de hacerlo
haciéndole equilibristas a un mundo
que no le merece.

Él.

Que construye toboganes sobre heridas de la infancia,
que tiembla de vértigo sobre las despedidas
y siempre dice adiós a cámara lenta.
Caer en él
no es más que un divertido viaje
hacia algún lugar
donde todas las cosas siguen vivas,
donde la muerte
es el peor de los chistes devolviéndote lo mejor de la risa.
En un coche de viaje a París,
en busca de la luz que ven quienes mueren al final del túnel,

que resulta ser la misma que vemos al nacer.

En otras palabras:
amigo mío,
gracias por la resurrección.

No tantos me han visto morir
y han tendido su cuerpo junto al mío.
No todos fueron capaces de bajarme el cielo
y subirse a la cornisa más suicida del Madrid de los Austrias
para despedir mi vuelo.

Solo aquellos que te amen de verdad
te dejarán marchar,
será que para ellos
siempre estaremos de vuelta.

Él.
A quien quiero con locura
y con razones.
Me sacó a bailar tantas canciones
que terminé haciéndolo como si nadie estuviera mirando,
que terminé escuchándolas,
que es escucharle:
gritos de mujeres fuertes
chillando música después del maltrato.

Entonces sí fueron escuchadas.

Él.
A quien he visto romper paredes de cartón,
escapando de mundos estrechos.
Nadie que te haga sentir pequeño
merece verte crecer.
Él.

Que rescató con el calor de sus manos
liebres atrapadas en cepos
siéndole a mi pena
un edredón contra el invierno.

Cómo explicarte,
cumplimos tantos sueños juntos
que Morfeo abrió los ojos para vernos.

Y yo que no dejaré morir de inanición
a quien escondió limas en hogazas de pan
para entregarme la libertad.

Y yo que nunca supe cómo prender el mundo de quienes lo
pierden,
con mi vela
encenderé la tuya
y llenaré
de ventanas abiertas
tu tiniebla.

Tú solo márchate
cuando sientas que debes hacerlo,
pero sobre todo
quédate
como quien viene de un lugar
que ya
no existe.

Pájaros

«los marineros ya me advirtieron
que era
cuestión
de viento.»

ADRIANA MORAGUES

Yo
no vengo a enseñarte mis canciones,
voy a descubrir tu música
para que me toques y escuches
lo bien que sonamos juntos.
No tienes que devolverme la mirada,
basta con que te des la vuelta y veas
que todo el amor que tengo para ti
es un óleo espalda contra espalda.

Yo
no vengo a pintarte las paredes,
voy a acariciar tus humedades
para saber dónde tengo que dejarte las flores.
No voy a contarte lo que solo puede hacerse,
pero déjame decirte que tu escudo es de roble
y mi lengua ruge de fuego.

Yo
no vengo a decirte lo que tienes que hacer,
estas son mis manos
este es el mapa:
reinventa el destino.
Que no habrá próximas veces

que cada una de ellas se proclame última.
Que cuando cuentes conmigo
se multipliquen tus dedos
como gotas de mercurio estallando contra el suelo,
y tu cuerpo
tienda a infinito sobre el mío.

Yo,
que no he venido a darte razones para quedarte,
voy a comerte la locura
para relamerme los labios cuando piense
en
ti
a
solas.
Sírvenme,
que esta noche me sabe la boca a Xavier Dolan,
y nunca creí en los besos de película.

Yo
no vengo a detenerte,
voy a contarte con cadenas
de papel y palabras
la libertad.
No me tienes en la palma de la mano,
quiero perderte,
quiero que me pierdas,
quiero que cuando se te ocurra apretar el puño
recuerdes que somos agua.

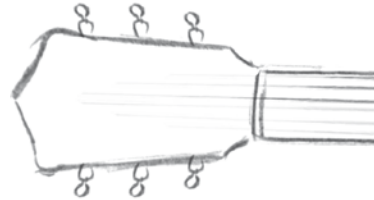
Que yo no sé mentir,
voy a protegerte tanto
que en mis ojos encontrarás siempre la verdad
lo que todavía no existe
el principio de la lluvia

el origen del frío a la izquierda del tiempo
tu pelo
enredando
lo inalcanzable.
No sigas los caminos marcados,
rompe la brújula
y disfruta del tiempo perdido
(como si fuera lo único que no recuperaremos jamás).

Yo
no vengo a decirte «te quiero»,
voy a quererte
porque es la única manera que conozco de cantar victoria.
No me digas adónde vas,
vuelve
y tráete en los bolsillos carreteras de historias
como nunca la nuestra:
la que nunca empieza
para nunca acabar.

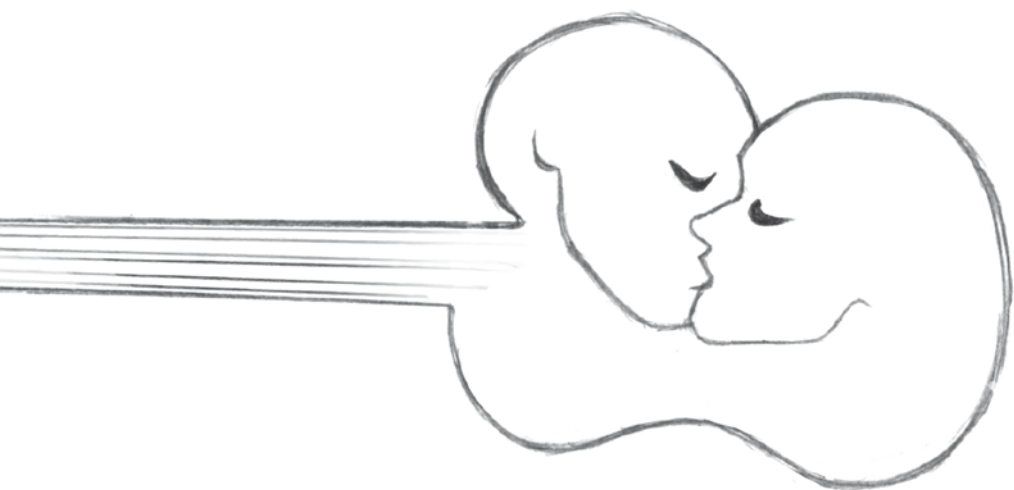
Que no seré tu pacto,
ni tu rey,
ni tu republicano.
Voy a llenarte el mar
de música embotellada
para que cuando llores
en el fondo
te quede una canción.
Para que cuando vivas
y la sal de otros te carcoma los labios,
les cuentes nuestra historia a los niños del puerto.

Diles que tú
eres lo más bonito
que esta vida
ha hecho por devolvérmela.



Diles que tú
eres poesía
y con mi voz
pronunciarás tu nombre.

Diles
que
tenemos
alas
y las alas
son
del
cielo.



Flores en mitad de la guerra

«Lo siento mucho todo,
y esto no es una disculpa.»

ANE SANTIAGO

Fue un miércoles, día del espectador,
y la película
me lloró
a mí.

Quité la cadena,
como quien abre una ventana, para volver a coger aire
y le atraviesa un fantasma.
Dicen que en la herida está el poema,
por eso llevo en el bolsillo
el tintero de mi pecho,
dos por uno en tu cumpleaños
y una butaca vacía.

Seré el deseo que apague tus velas,
pero abrirás los ojos
y desapareceré.

Seré el miedo a descolgar el teléfono
en un valiente acto suicida
que colgaría mi cuello del cable de tu voz,
quebrando a susurros tu pequeño nombre,
delatándome en el último suspiro.

Después de tanta sangre, amor,
me desangra recordarte
y gimo escribiéndonos.

Hicimos un pacto.
Como la tregua de Navidad para cantar villancicos
entre tus bombas alemanas y mi reloj inglés,
apuntando este breve

alto el fuego.

Tú me miras,
yo nos veo llegar...

La Plaza Mayor guardó silencio,
callando ante la inmensidad,
recomenzando la lluvia,
como si el cielo que nunca creyó en mí
por no
doblegar
mis manos
hubiera orquestado los violines
de la película
que te cuento,
me lloró a mí.

Quién nos lo iba a decir...
Aunque tus finales justificasen mis miedos
y seas lo que el viento se dejó,
torres más altas construimos.

Quién me lo iba a decir...
Aquella tarde
encontré en tus ojos de fuego
la calma.

No sé,
será
que en mitad de la guerra
nos crecieron las flores.